

Extracto del ensayo “El cuento, ese demonio”

67



Siempre —trato de rastrear en mi memoria, con alguna precisión, desde cuándo, y no puedo prescindir del siempre, pues no doy ni remotamente con esa señal— fui un explorador de la vida y sus asombros: el amor y el desamor, la soledad, el vacío, la locura, el tiempo, la muerte. La vida, en suma, en todos sus fulgores y penumbras, la vida que, acaso, esté en el fin del mundo como los puertos y el horizonte. Por eso empecé a leer con una pasión quizás desmedida, intuyendo —o creyendo— que a través de los libros iba a saber más de cuanto quería

Extracto del ensayo “El cuento, ese demonio”

⇐ ⇐ ⇐
Doble sentido

aprender, convirtiéndose este hecho —el acto de leer—, de a poco, en un fervoroso acto de creación. Pero comencé mucho más tarde de lo que habría querido. En mi casa no había libros, apenas teníamos qué comer, y mis padres eran extremadamente pobres y ajenos a todo lo que significara cultura. Cierta, mi padre era ciego y se ganaba la vida interpretando canciones en los pianos de burdeles, casas de recreación o radiodifusoras, y tenía una sensibilidad aguzada, pero era —como es de suponerse— extraño al mundo de los libros. Mis abuelos, con quienes también vivía, eran imagineros: tallaban santos, vírgenes, calvarios, cristos, muebles preciosos, pero no les interesaba para nada otra cosa que no fuera su trabajo artesanal.

Profundamente religiosos (católicos), al punto que una tía fue monja concepta toda su vida, iban y venían frailes por la casa. Me causaba pánico, lo confieso: sus sandalias que dejaban al descubierto sus pies (un tiempo me di por fijarme mucho en ellos y examinar sus peculiaridades); sus sotanas: negras, cafés, blancas,

⇐⇐⇐
Doble sentido

blanco negras en el caso de los dominicos; sus tonsuras; sus rosarios; sus voces. Soñaba con ellos en las formas más extrañas, atormentaban mi mente a toda hora, se dirigían a mí con ternura, me obsequiaban estampas o pequeñas reliquias, pero yo sentía celos de ellos (de todos), pues adoraba a mi madre, Isabel, que resultó no ser mi propia madre (hecho del que me enteré de la forma más drástica cuando tenía doce años quizás), en tanto que los relacionaba con ella. Más de una ocasión vi a estos sacerdotes tomados de la mano de mamá, y eso me aterró y llenó de profunda tristeza. Además, no podía explicarme el porqué de esas actitudes.

Cuando tenía cinco años me disfrazaron (vistieron) de franciscano y me encomendaron al santo en una ceremonia especial. Ese acto marcó mi vida. Durante meses (¿años?), sufrí la vergüenza de



salir de casa con el sayal y las sandalias de franciscano, transpirando a porrillos entre las mofas (a lo mejor solo imaginarias), de niños y niñas de mi edad, aunque también de personas adultas; asistir al ceremonial un tiempo sin tiempo, y luego retornar al hogar, en un ir lento, agobiante, lúgubre, como arrastrando caudas.

Las historias que oí en mi niñez y durante mi infancia fueron siempre de horror: el hombre vestido de negro, descomunal y omnisciente, apostado en el descanso de la grada, que impedía el paso a grandes y pequeños a partir de las seis de la tarde (la hora del Angelus); el duendecillo bizco y desparrado, su cabeza abrigada con un enorme sombrero de fieltro que, así mismo, hacia el crepúsculo, empezaba a merodear la azotea de la casa; la presencia del abuelo muerto que sentía mi abuela al pie de la cama —también era ciega y siempre vivió acostada en su enorme cuja de metal oxidado—,

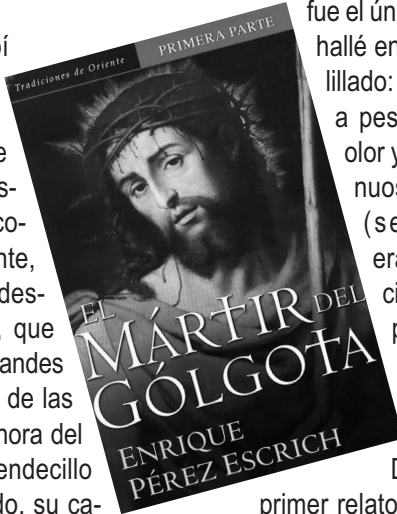
que el momento menos pensado me sacudía y decía: “ya vino, ya vino”, mientras acariciaba mi cabeza con sus manos amelcochadas, “ya está aquí, a mis pies, está más pesado”.

El Mártir del Gólgota —un libro recordete y vetusto con ilustraciones de Cristos lacerados—

fue el único tesoro que hallé en un baúl apollado: me lo devoré, a pesar de su mal olor y de mis continuos estornudos (seguramente era una reacción alérgica al polvo que salía disparado de sus páginas).

De allí salió mi primer relato, debió haber sido muy triste (a más de mal escrito, por cierto), porque cuando lo releía —y lo hacía a menudo— lloraba y suspiraba sin tregua.

A los catorce años conocí a un profesor de álgebra y logaritmos que me señaló para siempre. Era un hombre sabio y ateo, y blasfemaba



↔
Doble sentido

cada vez que abría la boca (quizás lo que me sedujo de él era, precisamente eso, el envés de lo que estaba acostumbrado en casa: ellos y ellas eran muy reservados y cuidaban en exceso su lenguaje). Por él leí con fruición a Rimbaud y Mallarmé, a Verlaine y Baudelaire, a Lautréamont, Hölderlin, Nerval, de Lisle, El inmoralista de André Gide, Poe, Maupassant, Wilde, Víctor Hugo y, en contraste se diría incomprendible, a filósofos y poetas orientales: Lao Tsé, Lin Yutang, Ramacharaca. Es que Horacio (así se llamaba mi profesor) fue una enciclopedia viva, iconoclasta, romántico, bohemio. Él me inició en el cuento: "lea mucho, me decía, lea todo lo que llegue a sus manos, pero comience con Las mil y una noches, El Ramayana, La Ilíada, La Odisea, La Biblia", (al oír el título de este último sentía una pro-

funda confusión dado el rabioso ateísmo que pregonaba mi profesor, pero jamás me atreví a inquirirle al respecto, solo más tarde me explicó que era 'el libro de los libros', y que allí iba a encontrar las historias más extraordinarias). Así fue. Pero, a la par, me daba consejos sobre lo que debía ser un cuento (¿escribía a escondidas Horacio?), es muy posible. Por ejemplo, me repetía muerto de risa esa anécdota que se conoce mucho en mi país: Benjamín Carrión, patriarca de nuestra cultura y a quien deben mucho mis dos primeros libros, él se encargó de comentarlos con exceso de generosidad y de promocionarlos en otros países, conminó alguna vez a José de la Cuadra —el gran maestro del cuento ecuatoriano de todos los tiempos y uno de los más grandes de Hispanoamérica—



⇄
Doble sentido

para que escribiera novelas: “Pepe, le dijo el maestro Benjamín a de la Cuadra, ya es hora de que escriba novelas”; el formidable cuentista le respondió: “Benjamín, yo soy como los gallos, eyaculo pronto”.

Pero, a la par, Horacio enfatizaba en que si bien el cuento debe concluir pronto es para poder extenderse. Un cuentario, insistía Horacio, debe ser como ventanas que se abren al lector. Ahora bien, cuando abres una ventana, no sabes si vas a recibir el golpe del sol o el de una ventisca o el de una tormenta con rayos y centellas. Nunca escriba somníferos, Marco Antonio, me repetía, usted no está para eso, provoque pesadillas, seduzca a sus lectores valiéndose de todas las trampas del mundo (como en el amor, la literatura de la mejor ley se permite todo), y después zamarréelo, dele contra el suelo, urda tormentos. El poder del cuento es su extensión. Además, ninguna historia puede ser repetida y, sin embargo, jamás crea que se cuenta nada nuevo (eso que lo crean los petimetres, los escritores de Academias, me repetía una y otra vez, palabra

más, palabra menos, que siguen quemando en mi memoria).

Recuerdo tanto cómo Horacio se burlaba de un periodista de El Comercio (el principal diario de Quito, mi ciudad), que —para mí al menos— escribía buenos cuentos (solo he podido ser exigente con lo que yo hago, y a esa edad quizás era más condescendiente). “Usted José Alfredo, redúzcase a escribir noticias, le espetaba, ¿no sabe lo archisabido: una noticia puede ser ‘rara vez’ —¿por qué subrayaba el ‘rara vez’?, personalmente creo que sí pueden salir buenos cuentos de noticias de relieve— un cuento aceptable, pero el periodismo mata la literatura”, reía a mandíbula batiente Horacio. José Alfredo se quedaba añarrado (más de lo que era), perplejo, patidifuso y no atinaba qué contestarle.

Por fin, Horacio sentenciaba: “el cuento es el soneto de la narrativa”, y daba largas y tremebundas explicaciones sobre este aserto. “Nada de exuberancias, preconizaba, todo exacto, como un reloj Omega (en ese tiempo eran los más precisos, caros y afamados), si falla cualquiera de sus piezas,


Doble sentido

especialmente su corazón (¿se refería a su parte intermedia?), el cuento muere. Soneto de la narrativa, reiteraba, un buen poeta tiene que ser medido por el soneto, así cultive el versolibrismo (corrían los años sesenta), de lo contrario, no es un buen poeta. El novelista puede meter cuanto quiera en su texto: ripio y a veces ripio fino, subyugador, pero el cuentista tiene que tramar su texto pesando cada palabra, cada frase, nada debe faltar y tampoco nada debe sobrar”.

Mientras tanto, seguía asistiendo, absorto, al ritual de una vida áspera y confusa, sin entender nada, jota de nada. Las convenciones sociales, las apariencias, los enredos, el fanatismo represor y pacato, las frustraciones, la cursilería sentimental transmitida (agrandada) por el cine mexicano, los boleros de Los Panchos, los pasillos y yaravíes que amanecía a repasar en el piano mi padre, los forcejeos de una familia arribista (provenía de una familia “venida a menos” de lado paterno y materno), la estupefacción que me

causó saber que mi verdadero padre era ese señor ciego y viejo que vivía en el segundo piso y mi verdadera madre, una mujer jovencísima a quien empecé a defender de los asedios de mi propio padre. Mi escritura (mis cuentos) son escritos desde el mundo de mis afectos, son testimoniales, si se raspa un poco en cualquiera de ellos corre la vida vivida de que hablaba Curzio Malaparte, se devellan canales de sangre.

No creo en una literatura para la distensión, sino para la reflexión. No creo que haya sitio —y si los hay deben ser muy pocos— en mis cuentos, que no hayan sido pensados, sentidos y vividos (esto último no se tome literalmente). Mis cuentos son mis obsesiones, mis pensamientos, mis pulsaciones, mis voliciones más recurrentes. No admiten tropiezos porque la vida no te los permite. Y en cuanto a su diversidad, cada cuento debe ser único, al punto que el lector crea que los textos de una cuentario han sido escritos por personas (autores) diferentes.

“No creo en una literatura para la distensión, sino para la reflexión”.



Doble sentido

Ningún género de ficción está, como el cuento, sujeto a un mayor número de exigencias temáticas y formales y, al mismo tiempo, en una medida imprecisable, ningún género tiene menos posibilidades de fijación, menos reglas y condiciones, inclusive para los efectos de clasificación. Su extensión — con referencia a la novela— es una de las bases de clasificación. Pero no es suficiente, ya que puede ocurrir —y frecuentemente ocurre— que un cuento algo extenso y que se ofrece como tal, tenga características de novela. Y algo que se presente como novela —a pesar de la extensión— no sea más que una sucesión de cuentos bien o mal engarzados. Cuando publiqué mi Historia de un intruso viví esta experiencia. Yo lo consideraba cuento —sigo estimándolo así—, pero en varias editoriales y colecciones dentro y fuera del país ha aparecido como novela breve. Por los años ochenta, Editorial El Conejo publicó su colección “Joyas de la literatura ecuatoriana” (Las doce mejores novelas breves ecuatorianas), así rezaba su título y su promoción, allí apareció Historia de un intruso.



Doble sentido

Nunca aprendí a escribir cuentos. He leído varias elucidaciones teóricas sobre el cuento, partiendo del célebre decálogo del perfecto cuentista de Horacio Quiroga. Pero en él se aprecia el qué hacer y el cómo hacer de este género, pero quedan sin marcas los linderos, no exhibe propuestas temáticas, formulaciones irrevocables. Quiroga cuenta en su credo lo que él siguió para escribir lo suyo (es cierto y valga la ocasión para recordar que su caso no es el único), nada más. ¿Habrá un escritor —uno solo— que se deba al decálogo de Quiroga?, creo que no. Ni a este estatuto del escritor uruguayo ni a ningún otro.

A medida que iba escribiendo cuentos, intuí que su secreto era su comienzo (atina con el inicio y ya, el lector cayó seducido), pero, ¿y su final que debe ser un resplandor que ciegue de oscuridad o de luz al lector y lo deje asido al desconcierto?

Y así es la cosa. Así. ¿Cómo se hacen los cuentos? La pregunta queda allí sin otra respuesta que los cuentos que se van contando.

* **Marco Antonio Rodríguez.** Nació en Quito. Es doctor en Jurisprudencia y en Filosofía y Letras. Ha sido profesor de literaturas, historia de la filosofía, pensamiento y arte del siglo XX, redacción creativa, en centros de estudio dentro y fuera del país. Fue presidente durante dos periodos de la Casa de la Cultura Ecuatoriana Benjamín Carrión. Ingresó como Miembro Correspondiente de la Academia Ecuatoriana de la Lengua en 2008; en 2012, fue promovido a Miembro de Número.

Es narrador y ensayista; en cuento ha publicado Cuentos del rincón, Historia de un intruso, Premio al mejor libro de habla hispana, Feria Internacional del Libro, Leipzig, Alemania, 1977; Un delfín y la luna, Premio Podestá, México, 1986; Jaula, 1992, los tres últimos con varios premios nacionales, traducidos a diversos idiomas y considerados por la crítica clásicos de la literatura ecuatoriana y latinoamericana. En ensayo sus obras más representativas son Palabra e imagen, tres volúmenes sobre artistas plásticos ecuatorianos; Grandes del siglo XX (dos ediciones); Poetas nuestros de cada vida; Palabra de pintores. Artistas de América; Palabra de pintores. Artistas del Ecuador, y Oficio de crear.